



KENDRA ELLIOT

Traducción de
Roberto Folcó

LA
HERMANA
AUSENTE

Durante veinte años ha protegido los secretos de sus hermanas. Ahora estos amenazan con salir a la luz y teñirlo todo de sangre.

Hace veinte años, Emily Mills encontró el cadáver de su padre ahorcado en el jardín de casa. Su hermana menor, Madison, sostuvo que ella dormía en su habitación. Su hermana mayor, Tara, afirmó que había salido con una amiga. Aunque la policía detuvo al asesino y cerró el caso, la tragedia arrastró a su madre al suicidio y llevó a Tara a abandonar la familia.

Desde entonces, Emily y Madison han seguido adelante con sus vidas e intentado olvidar lo que ocurrió esa noche, hasta que un doble asesinato resucita sus recuerdos. El encargado de la investigación es el agente especial del FBI Zander Wells, cuyos esfuerzos por resolver el horrible crimen se cruzan con el misterioso asesinato del padre de Emily y su pasado.

Al cabo de poco aparecen nuevas víctimas y Zander sospecha que el pueblo de Bartonville alberga un secreto que nadie quiere desenterrar. ¿Se trata de algo que las hermanas ignoran o que no quieren revelar? ¿Y Tara? Tal vez Emily no quiera encontrarla porque, cuando su hermana desapareció, se llevó un secreto con ella.

A mis chicas.

La memoria, dada su propia naturaleza, nunca es muy
fiable.
Con el tiempo, se deteriora.
Tras una experiencia traumática, se fragmenta.
Aislada, se enquistada.

ELLEN KIRSCHMAN, DOCTORA EN PSICOLOGÍA

Capítulo 1

Cogió el suéter por el dobladillo con dedos temblorosos para no dañar las posibles huellas, abrió la puerta del patio trasero y siguió el reguero de sangre. Fuera estaba oscuro, aún faltaban varias horas para que despuntara el alba. La bruma marina, arrastrada por la brisa, lo envolvía todo.

Siguió las manchas de sangre que cruzaban el pequeño porche y llegaban a las escaleras de madera. El corazón le martilleaba en el pecho e intentó no hacer caso del fuerte olor a humo que impregnaba el aire. El rastro de sangre desaparecía en la hierba debido a la falta de luz, pero se dejó guiar por el instinto y decidió examinar el bosque que se extendía más allá del jardín trasero.

Algo se movió en un árbol. No podía respirar.

«Otra vez no. Por favor».

Capítulo 2

—¿Quién ha modificado la escena?

Zander Wells, agente especial del FBI, intentó contener el mal humor que amenazaba con apoderarse de él. Se encontraba en la parte posterior de una pequeña casa de Bartonville y miraba fijamente los altos abetos que los rodeaban. El flagrante desprecio hacia los protocolos normalizados (todo eran protocolos normalizados) le provocó el deseo de pegar a alguien.

Una reacción inusitada en él.

—Mi ayudante es un novato, muy joven —dijo el demarcado *sheriff* del condado de Clatsop, limpiándose las gotas de lluvia de las mejillas—. Me temo que quedó en estado de *shock* al llegar a la escena del crimen. Hace cuatro años desde la última muerte violenta ocurrida en el pueblo y, encima, conocía a las víctimas. —El *sheriff* Greer negó con la cabeza apesadumbrado—. El pobre creía que estaba ayudando.

Zander intercambió una mirada con la agente especial del FBI Ava McLane, que puso los ojos en blanco.

Bartonville no llegaba a los mil habitantes. La pequeña población costera se encontraba en la ribera del río Columbia, no muy lejos de su desembocadura en el océano Pacífico. Era un pueblo remoto, separado del valle de Willamette de Oregón y su gran densidad de población por la cordillera litoral y miles de hectáreas de bosque. El trayecto en coche desde Portland le había llevado menos de dos horas.

A sus pies se encontraba una de las víctimas, dentro de una bolsa para cadáveres. Zander y Ava habían observado en silencio al joven antes de que ella le hiciera un gesto al técnico para que cerrara la bolsa. Ava mantuvo el rostro inexpresivo en todo momento, salvo por los destellos de ira que le iluminaban los ojos. El semblante del cadáver quedaría grabado de por vida en el cerebro de Zander.

Así como el estado de la esposa también muerta que estaba dentro de la casa.

La investigación no había empezado con buen pie. El primer ayudante del *sheriff* que acudió a la escena del crimen había cortado la soga al ver a Sean Fitch ahorcado de un árbol en el jardín posterior. Otros tres ayudantes pisaron la escena y movieron los cadáveres. El veredicto inicial del *sheriff*, convencido de que era un suicidio-asesinato, les había hecho perder unas horas valiosísimas hasta que el forense apareció y mostró su desacuerdo.

El forense no había sido el único en poner en tela de juicio la opinión del *sheriff*. La testigo que había denunciado los asesinatos había llamado también al FBI de Portland para avisar de que el hombre negro ahorcado tenía un símbolo racista grabado en la frente. Un triángulo invertido dentro de otro más grande.

La esposa de Sean Fitch, una mujer caucásica, había recibido varias puñaladas en el dormitorio. Al parecer Sean también había sido apuñalado en la misma habitación, aunque posteriormente lo habían arrastrado fuera de la casa y lo habían colgado del árbol.

—No deja en buen lugar a su departamento que una civil tuviera que denunciar lo ocurrido como crimen de odio.

Zander miró fijamente a Greer. A pesar de que no llovía, un reguero de gotas de agua se precipitaba por el ala del sombrero del policía. Era el típico clima de la zona norte de Oregón: engañaba a los más incautos, convenciéndolos de que podían salir sin resguardarse cuando, en

realidad, la densa niebla impregnaba toda la ropa y la piel, y calaba de inmediato antes de que uno se diera cuenta.

Greer hizo una mueca, agachó la mirada y se miró las botas.

–Esta mierda racista no es habitual en nuestro condado... y la sangre había tapado los cortes. No acabo de entender qué representan esas marcas.

Zander lo sabía de sobra: los triángulos eran unos de los símbolos menos conocidos del Klan, pero no comprendía que alguien con tantos años de experiencia a sus espaldas como el *sheriff* no lo supiera.

Tendría que haberse dado cuenta de que había algo extraño en todo aquello.

–Aun así, la soga y el color de piel de la víctima eran señales bien evidentes –dijo Ava–. Si eso no hace saltar las alarmas...

Greer negó con la cabeza.

–Ese tipo de crímenes no son habituales aquí. Los suicidios son mucho más frecuentes.

El *sheriff* solo disponía de tres detectives. Dos se encontraban fuera del estado testificando en un juicio y el tercero estaba de baja por gripe. Greer se había encargado de los primeros pasos de la investigación sin solicitar ayuda, tan solo había pedido a la policía científica del estado que procesara la escena.

Zander ya no sabía si el *sheriff* tenía algo oxidados los protocolos normalizados o si padecía un exceso de confianza.

Fuera cual fuera la respuesta, la pareja de agentes del FBI tenía un buen lío entre manos.

Zander fijó la mirada en el lodo que había al pie del árbol. Vio una docena de marcadores de escena amarillos junto a sendas pisadas y un hueco alargado en el lugar donde debían de haber dejado el cuerpo antes de colgarlo. Un trozo de cuerda. Levantó la vista. Otro trozo de

cuerda colgaba de la rama. El árbol de hoja caduca llamaba la atención entre los abetos verdes y altos; su tronco pálido y grueso y las ramas nudosas eran la prueba incontestable de una vida larga y dura.

La rama no era muy alta, pero sí lo suficiente para cumplir con su cometido.

–Dos asesinos. Como mínimo –murmuró Ava entre dientes, y Zander le dio la razón en silencio. Sean Fitch era un hombre corpulento. No habría sido tarea fácil colgarlo.

Toda una declaración de intenciones por parte de los autores.

Zander se volvió y regresó a la casa, con cuidado de no pisar el rastro que habían dejado los asesinos al sacar el cuerpo a rastras, aunque vio varias pisadas de botas. Se detuvo y examinó el arbusto quemado que había en la parte posterior de la casa, donde el olor a gasolina impregnaba el aire.

Alguien había intentado quemar la casa y había fracasado miserablemente. La pintura estaba chamuscada y había varios arbustos que no iban a sobrevivir.

–No parece una maniobra muy inteligente –dijo Ava–. ¿Crees que fue improvisado?

–Trajeron gasolina –afirmó Zander.

–Estamos en una zona rural. Seguro que más de uno lleva un pequeño bidón de gasolina en la furgoneta.

–Cierto. A lo mejor le entró el pánico a uno de los dos y pensaron que podrían eliminar las pruebas quemando la casa.

–Infravaloraron la lluvia de Oregón.

Zander observó fijamente la pintura ennegrecida. Tenía un mal presentimiento porque no entendía el vínculo con el resto de la escena.

Subió los escalones de hormigón que conducían a la puerta trasera y se puso unas fundas en los zapatos mojados. Ava lo acompañó e hizo lo propio. Aún llevaban los

guantes de la primera inspección que habían hecho de la casa.

Entraron en la cocina, imaculada pero algo antigua y en la que predominaban los tonos amarillos. Zander había buscado algún indicio de que faltara un cuchillo, sin éxito. Los Fitch tenían un cajón lleno de cubiertos desaparejados. No había ningún conjunto de cuchillos. Los armarios y los tiradores de los cajones estaban cubiertos por una fina capa de polvo negro para huellas.

Había un rastro de sangre reseca que cruzaba la cocina y salía por la puerta trasera.

Más polvo negro. Más marcadores de pruebas.

Avanzó por el estrecho pasillo intentando no perder el equilibrio, pisando en un margen muy estrecho de pocos centímetros de moqueta cerca de la pared para no contaminar el rastro de sangre.

Zander y Ava se detuvieron ante la puerta del dormitorio principal. Había señales de violencia brutal por toda la habitación. Una mancha grande y oscura señalaba el lugar donde Lindsay Fitch se había desangrado en la moqueta, junto a la cama. El cuerpo se encontraba en el interior de un vehículo para su traslado al depósito de cadáveres, pero Ava y él lo habían visto antes de inspeccionar la escena. Estaba acostumbrado a llegar tarde a los escenarios de un crimen, cuando ya hacía mucho tiempo que se habían llevado los cuerpos.

El equipo de la policía científica del estado había recortado cuadrados de moqueta, restos de cuya base salpicaban el suelo de madera que había quedado al descubierto. Zander observó manchas de sangre en forma de arco en las paredes y el techo, así como en el cabezal de la cama y las pantallas de las lámparas. Las sábanas también estaban cubiertas de sangre. El agente notó el fuerte olor metálico mientras tomaba unas cuantas fotografías con el teléfono.

«¿Por qué tiene este olor metálico el humor esencial de nuestro cuerpo? No es lógico que huelga a una sustancia inerte».

La sangre de Sean trazaba un recorrido desde el otro extremo de la cama hasta el pasillo, un reguero delimitado por los marcadores amarillos.

Zander volvió a pensar que debían de haber participado al menos dos personas, quienes habían sorprendido y sometido rápidamente a las víctimas. Los cadáveres apenas mostraban alguna herida defensiva en las manos o los brazos. En la moqueta del dormitorio se apreciaba un laberinto de pisadas. A Zander le pareció ver dos muy características, pero sabía que debían eliminar las de las botas de los ayudantes del *sheriff*.

Suspiró. ¿Cómo era posible que el *sheriff* Greer no hubiera montado en cólera al ver la reacción de su departamento?

—Hay que trasladar los cuerpos a la oficina principal forense de Portland —afirmó Ava mientras examinaba la habitación—. No pueden analizarlos en un laboratorio secundario. Quiero que el doctor Rutledge participe en el caso.

Zander asintió. No había margen para más errores: necesitaban de la colaboración del principal forense del estado.

Indicios racistas. Contaminación de la escena.

A partir de ese momento, los fallecidos iban a contar con la investigación que merecían.

Zander oyó que el *sheriff* se detenía en el pasillo tras ellos.

—¿Bartonville ha tenido alguna vez su propio departamento de policía? —preguntó Zander.

Ava y él habían examinado la logística de la cobertura de respuesta en la zona rural antes de salir de las oficinas del FBI en Portland. En la pequeña población donde se habían perpetrado los asesinatos confluían varios cuerpos policiales.

—No. La ciudad de Astoria nos echa una mano de vez en cuando, pero Warrenton está más cerca de Bartonville, por lo que solemos encargarnos nosotros. —El *sheriff* Greer carraspeó—. La policía del estado solo interviene cuando necesitamos apoyo técnico o más hombres. Esta zona suele ser muy tranquila y solo aumentan los casos en temporada turística. La policía del estado nos ayudaría si los llamase.

Zander pilló la indirecta. No necesitaban al FBI.

—¿Cuál es el primer tipo de sospechoso que le vino a la cabeza al ver la escena, *sheriff*? —preguntó Ava con educación, un tono que Zander reconoció de inmediato. Estaba furiosa. Hacía más de cinco años que trabajaban juntos y conocía todos sus estados de ánimo. La admiraba; era implacable e inteligente.

El *sheriff* se acarició la papada mientras pensaba.

—No lo sé. Tenemos nuestros idiotas, borrachos y drogadictos, pero no creo que sean capaces de cometer un asesinato tan violento como este. Quizá no fue alguien de aquí.

—Nos ha dicho que los Fitch solo llevaban un año en Bartonville, ¿no es así? —preguntó Zander, que tenía la esperanza de que el instinto de protección que mostraba el *sheriff* hacia sus ayudantes y sus conciudadanos no afectara a su capacidad para sacar adelante la investigación. Su negativa a aceptar que los asesinos pudieran ser de la zona era el equivalente a intentar resolver el caso a través de una mirilla.

—Un año más o menos, sí. Creo que se mudaron aquí porque Sean consiguió trabajo como profesor de Historia en el instituto. Lindsay es camarera.

—Me gustaría hablar con el ayudante que acudió a la escena —afirmó Ava.

A Zander lo embargó una gran compasión por el pobre agente. Los ojos azules y la belleza de Ava no permitían adivinar fácilmente que era una interrogadora feroz. El

ayudante del *sheriff* no se imaginaba la que estaba a punto de caerle encima.

–Después de que lo interrogue yo –replicó el *sheriff*–. Lo he enviado a la comisaría para que empiece con el papeleo aprovechando que aún tiene muy fresco todo lo ocurrido. Sabe que se ha equivocado. Lo lamento. Imagino que a estas horas ya se habrá ido a casa.

–¿Dónde puedo encontrar a Emily Mills para hacerle unas preguntas? –inquirió Zander. Ava y él habían decidido repartirse los interrogatorios para acabar cuanto antes. La señora Mills había descubierto el asesinato al llegar a casa porque Lindsay Fitch no se había presentado a su turno y tampoco había respondido al teléfono.

La señora Mills era la mujer que había llamado al FBI de Portland después de que el *sheriff* Greer no hubiera hecho caso de sus sospechas de que el crimen podía deberse a motivos raciales. La mujer se negó a colgar hasta que el supervisor de Zander le prometió que había enviado a un investigador a la costa ese mismo día.

Zander dudaba que el jefe tuviera en muy alta estima a la señora Mills. El destello de irritación que vio en los ojos de Greer confirmó sus sospechas.

–Emily trabaja en el restaurante Barton de Bartonville –respondió el *sheriff* con un deje de hastío–. Es un local grande decorado como una cabaña de madera. Se encuentra junto a la carretera principal. Imposible no verlo. –Frunció el ceño y dirigió la mirada hacia la habitación, detrás de Zander y Ava–. Yo era el ayudante del *sheriff* cuando el padre de Emily fue asesinado hace un par de décadas. –Greer miró de nuevo a los agentes, pero esta vez con recelo–. No habíamos vuelto a tener un ahorcamiento desde el suyo.

A Zander se le erizó el vello de la nuca.

–¡Un momento! –exclamó Ava–. ¿No es la primera vez que se produce un ahorcamiento en el pueblo? ¿Y nos lo dice ahora?

Al *sheriff* se le desencajó el semblante.

—¿Ha oído lo que he dicho? Fue hace un par de décadas. Es probable que su asesino muriera en la cárcel. No puede ser un dato relevante.

—Pero ¿la persona que encontró a Sean Fitch colgado de un árbol es la hija de un hombre que murió ahorcado? —dijo Zander—. ¿No le parece que las probabilidades de que se trate de una coincidencia son más bien remotas?

Greer se exasperó.

—Nuestra comunidad es muy pequeña, todo el mundo se conoce. Basta con tener un encontronazo con alguien para descubrir que su hermana o su tío fue a la escuela contigo o que se casó con tu prima. Cuando oí que Emily había encontrado los cuerpos, lo sentí por ella, pero la coincidencia no me sorprendió.

Ava y Zander se miraron y adivinaron lo que pensaba el otro sin abrir la boca.

Ninguno de los dos creía en las coincidencias.

Capítulo 3

A Emily Mills le temblaban las manos mientras tomaba fotos de la ropa que llevaba y se miraba en el antiguo espejo de cuerpo entero del dormitorio. Hizo *zoom* en las zapatillas de deporte y tomó otra instantánea. Se las quitó y las introdujo en la bolsa de papel que había en el suelo. Se estremeció al ver una mancha de color rojo oscuro en el lado de una de las zapatillas.

Era la sangre de Lindsay. ¿O tal vez de Sean?

Se quitó los vaqueros y el suéter y los puso en la bolsa. Tenía un nudo en el estómago.

Sabía que nunca podría quitarse de la cabeza la dantesca imagen de la joven pareja asesinada.

El dormitorio bañado en sangre.

Su cerebro sabía que el cuerpo humano tenía unos cinco litros de sangre, pero cuando la vio esparcida por toda la habitación, le fallaron las rodillas y tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no perder el equilibrio.

Supo al instante que Lindsay había muerto. Nadie podía sobrevivir a semejante carnicería.

Acarició la mejilla de la mujer con dedos temblorosos. Estaba fría y tenía la mirada vacía.

Con un escalofrío al recordar la escena, Emily se puso una sudadera de la Universidad de Oregón y unos vaqueros limpios.

Había pasado varias horas frente a la casa de Lindsay, observando el ir y venir de los ayudantes del *sheriff*. La entrevista con el jefe de la policía le había parecido corta,